

Grupo 14: Género, trabajo y mercado laboral
Coordinación: Laura Pautáis - lpautassi@arnet.com.ar
Carla Zibecchi - carlazibecchi@hotmail.com

Transición educación secundaria– empleo: evidencias sobre la desigualdad entre hombres y mujeres jóvenes en Argentina.

Ana Miranda

Investigadora del CONICET y Coordinadora Académica del Programa de Investigaciones de Juventud de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede Argentina
amiranda@flacso.org.ar

Introducción

La educación secundaria se expandió en nuestro país desde mediados del siglo diecinueve. Su expansión tuvo lugar en el marco del desarrollo del sistema nacional de educación y del proceso de consolidación del Estado Nacional Argentino (Braslavsky C. y Krawczyk N. 1988). Sobre principios de siglo veinte quedaron delineadas las características generales de las modalidades en las que se organizó tradicionalmente la enseñanza secundaria: bachiller, normal, comercial, y técnica.

La expansión de la educación secundaria en argentina se desarrolló sin una legislación integral que le otorgara organicidad en cuanto a nivel educativo. De forma tal, que fue creciendo en distintas ofertas post-primarias según sus distintas modalidades. (Cappellacci I y Miranda A. 2007). Dichas ofertas se organizaban en ciclos educativos de 5 o 6 años -según la modalidad-, a los que se podía acceder una vez concluida la educación primaria, que constaba de 7 años y era de carácter obligatorio.

Los rasgos generales de la educación secundaria fueron objeto de preocupación por parte de numerosos educadores y políticos, los cuales plantearon distintas propuestas de reformas, sin que ninguna alcanzara el consenso necesario para su implementación. Así las cosas, la primera norma que legisló de manera orgánica sobre la educación secundaria fue la Ley Federal de Educación del año 1993 (Gallart M A. 2006).

La Ley Federal de Educación fue sancionada en el contexto del proceso de reformas sociales y económicas que se impulsaron en la Argentina durante los años noventa. Propuso una

transformación integral del sistema educativo y la extensión de la obligatoriedad escolar. El esquema de ciclos y niveles se organizó a partir de una Educación General Básica (EGB) de 9 grados/años, que junto con la educación preescolar se convirtieron en obligatorios (10 años de escolaridad obligatoria), y el Polimodal de 3 años de extensión¹. De forma tal que, la educación secundaria quedó –en algunos casos- dividida en dos ciclos con lógicas educativas diferentes: la EGB3 y el Polimodal.

Es interesante advertir que, en el transcurso de la implementación de la Ley Federal se produjo una aguda dispersión y una significativa fragmentación de la oferta educativa. En efecto, la combinación entre las distintas decisiones sobre la localización del EGB3 y el Polimodal, así como las características y el alcance de la implementación de la transformación educativa en las distintas jurisdicciones dieron lugar a una oferta diversificada y fragmentada. Donde comenzaron a convivir numerosos modelos de organización institucional, con sus consecuentes dificultades de articulación en lo que hace a contenidos, equivalencias, titulación, etc. En esta dirección, sobre principios de 2005, se pudo conocer que en la Argentina convivían más de 50 modelos de organización de la educación secundaria (Ministerio de Educación 2005).

En un contexto de diversificación y fragmentación de la oferta, el debate sobre la identidad y la calidad de los conocimientos que la educación secundaria fue ganando lugar en la agenda educativa. Así como también, fueron ganando lugar la opinión de que dicho nivel educativo debía ser obligatorio para todos los jóvenes, este último fenómeno fue denominado como proceso de “obligatoriedad subjetiva” de la educación secundaria (Jacinto C. 2006).

En base a una serie de diagnósticos que proponían revisar el proceso de reformas de los años noventa, el Ministerio de Educación promovió una nueva norma en el año 2006: la Ley de Educación Nacional (Nº26.206), que propuso la homogeneización del sistema educativo a nivel nacional y estableció la obligatoriedad de la Educación Secundaria. A partir de la sanción de la Ley de Educación Nacional se generaron una serie de desafíos respecto de la educación secundaria. Estos desafíos están relacionados con una serie de definiciones, tales como: su organización respecto de los ciclos educativos (en término de años de estudio), sus orientaciones y modalidades, su organización institucional, las deudas de infraestructura y plazas escolares, entre otros temas de relevancia. Estos temas están en nuestros días en proceso de definición.

¹ Las modalidades educativas se organizaron a partir de cinco orientaciones que brindaba el nivel Polimodal: a) Producción de Bienes y Servicios, b) Economía y Gestión de las Organizaciones, c) Humanidades y Ciencias Sociales, d) Ciencias Naturales y e) Comunicación, Arte y Diseño

Educación secundaria y género

La educación secundaria fue el nivel educativo de mayor expansión durante la segunda mitad del siglo veinte. La educación primaria -obligatoria a partir de la Ley 1.420/1884- alcanzó su universalización entrados los años sesenta, razón por la cual la expansión educativa –luego de esos años- continuó en el nivel secundario. En base a esa evolución, a partir de aquí nos interesa indagar el acceso y la terminalidad diferencial de hombres y mujeres² a dicho nivel educativo. Con anterioridad de abordar dicho análisis, sin embargo, creemos necesario precisar ciertos aspectos metodológicos. En primer lugar, algunos aspectos relacionados con la fuente de datos con la que se trabajará. En segundo lugar, algunos atributos asociados a la estructura poblacional sobre la que se realiza el análisis.

Respecto de la fuente, es necesario advertir que a partir de aquí se trabajará con datos producidos por la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC (en adelante EPH), para el total de los aglomerados urbanos³. Dicha fuente nos brinda la posibilidad de procesar micro-datos, y de esta forma combinar aspectos educativos y socioeconómicos de hombres y mujeres de distintos grupos de edad. Ahora bien, en la lectura sobre la interpretación de la información debe tomarse en cuenta que estamos sus resultados se corresponden con una “foto” de la situación durante el segundo semestre 2006. Razón por la cual los procesamientos no evidencian la situación de hombres y mujeres en etapas anteriores. Por ejemplo, no muestran la situación educativa en 1940, sino que representan la situación de la generación que habita en nuestro país en la actualidad y nació que en 1940.

² En la misma dirección que Ravanello Ferraro (2009) a lo largo del texto se utilizará el concepto de género para diferenciar lo socialmente construido de lo biológicamente dado, en el análisis de las trayectorias de hombres y mujeres. El género, como categoría social, surgió para explicar las desigualdades entre hombres y mujeres, poniendo en énfasis en la multiplicidad de identidades, las relaciones de poder y los aspectos culturales e históricos que se atribuyen al carácter femenino y masculino en diferentes contextos Gamba S. B. (coord) (2007). Diccionario de género y feminismos. Buenos Aires, Editorial Biblos.

En el abordaje cuantitativo, sin embargo, se utilizará la variable sexo en correspondencia con la información estadística disponible. Es interesante advertir, asimismo, que bibliografía consultada para este texto plantea articulaciones y des-articulaciones de la construcción social del cuerpo y la categoría género. Al respecto, Morgade y Alonso señalan: *...La categoría género fue potente, pero tendió a dejar afuera temas de la teoría queer y grupos mas vulnerados, pero también críticos, volvieron a problematizar: el supuesto de que existen dos géneros (masculino y femenino) y una direccionalidad “correcta”, “normal” del deseo por el cuerpo/género opuesto.* (2008:22). Sin desconocer este interesante debate, la extensión del texto solo nos permitirá abordar el debate sobre desigualdad frente a la educación y el empleo a partir datos estadísticos que relevan la variable sexo.

³ La EPH es una encuesta sobre condiciones de vida que realiza el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos desde el año 1973. La encuesta trabaja a partir de una muestra representativa de hogares. En este texto se trabaja con los resultados que corresponden al segundo semestre de 2006, ya que esta es la última base de datos disponible para el procesamiento. En este operativo fueron relevados 31 aglomerados urbanos, los cuales llegan a representar un total de 24.007.000 personas, es decir aproximadamente el 62% de la población total del país. Dicha población está localizada en ciudades de más de 500.000 habitantes y capitales provinciales.

Cuadro 1
Distribución de la población según sexo y grupos de edad
Segundo semestre de 2006 - Total de los aglomerados urbanos

		Sexo		TOTAL
		Varón	Mujer	
Hasta 14 años	Nº	3081756	2952283	6034039
	%	28,8	25,3	27,0
15 a 18 años	Nº	868032	873500	1741532
	%	8,1	7,5	7,8
19 a 24 años	Nº	1228049	1312118	2540167
	%	11,5	11,3	11,4
25 a 34 años	Nº	1812598	1969853	3782451
	%	16,9	16,9	16,9
35 a 44 años	Nº	1307059	1534329	2841388
	%	12,2	13,2	12,7
45 a 54 años	Nº	1159591	1333964	2493555
	%	10,8	11,4	11,2
55 a 64 años	Nº	851504	1017233	1868737
	%	8,0	8,7	8,4
65 a 74 años	Nº	334349	510337	844686
	%	3,1	4,4	3,8
85 años y más	Nº	56825	149377	206202
	%	0,5	1,3	0,92
TOTAL	Nº	10699763	11652994	22352757
	%	100,0	100,0	100,0

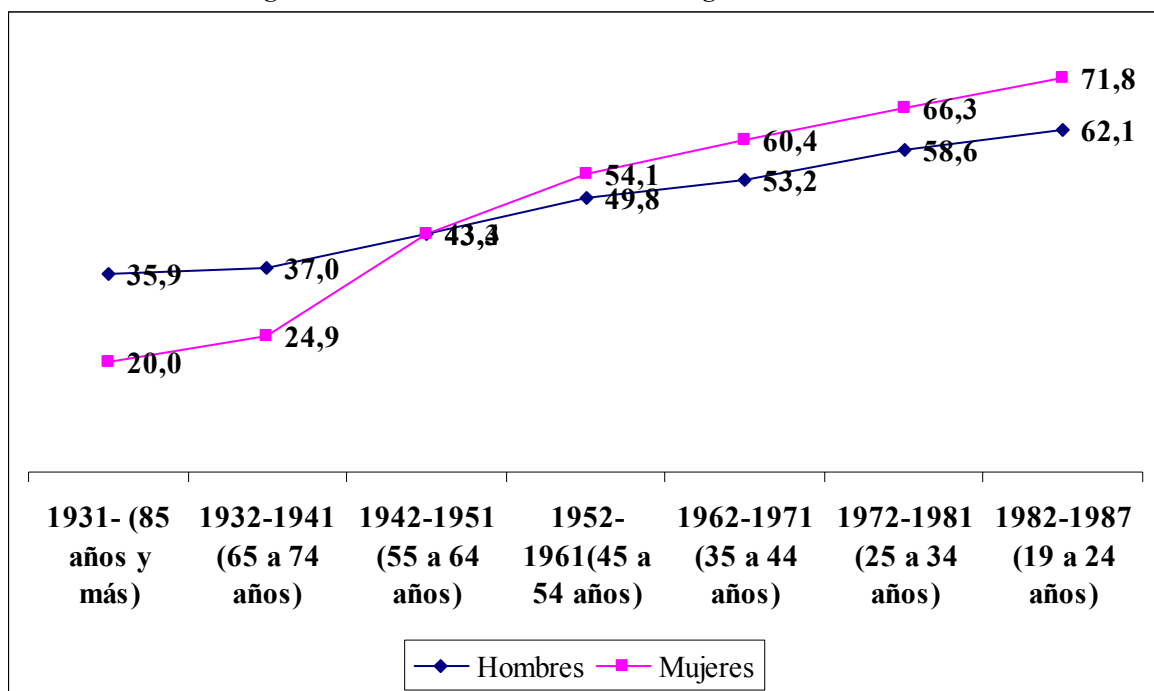
Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH-INDEC.

Esto último tiene relación con la estructura población que recoge la muestra (cuadro 1), la cual se corresponde el relevamiento del último censo de población y viviendas (INDEC-2001). Al respecto, hay varios comentarios que realizar. En primer lugar, las diferencias en la estructura porcentual de los grupos de menor edad. Como se puede observar, entre los menores de 14 años es más numerosa la presencia de varones que de mujeres, pero esta proporción se modifica a partir de los 15 años de edad, cuando la proporción de hombres desciende. Es interesante advertir que este cambio de tendencia está significativamente asociado con mayor tasa de mortalidad de los hombres jóvenes (1,2 %) en relación con las mujeres en el mismo grupo de edad (0,5 %). Así como también, es importante señalar que el 70,8% de las muertes de hombres jóvenes (entre 15 y 24 años de edad) están relacionadas con causas externas, predominantemente vinculadas a accidentes de tránsito, agresiones y suicidios (Ministerio de Salud de la Nación 2007), las cuales podrían ser prevenidas a través de políticas integrales de juventud.

Un segundo comentario, es aquel relativo a las diferencias que se presentan en los grupos de mayor edad. En este caso, a partir del grupo de 65 años y más la distancia entre hombres y

mujeres es bien significativa y está asociada a la mayor expectativa de vida que experimenta la “rama femenina”. El dato es de suma importancia en virtud de los niveles educativos de la población en análisis, sobre todo porque sería de suponer una correlación positiva entre nivel educativo, estrato o nivel socioeconómico y expectativa de vida en los hombres de ese grupo de edad. Razón por la cual, en el análisis de las estadísticas educativas de dicho segmento etario se debe tener en cuenta que la estructura de la muestra refleja la situación de aquellos que aún viven y entran dentro de la cobertura (muestra) del relevamiento. Es decir que, no reflejan lo ocurrido en esa cohorte de forma precisa, sino solo el estado actual.

Gráfico 1
Porcentaje de población con secundario completo según sexo y grupos de edad
Segundo semestre de 2006- Total de los aglomerados urbanos



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH-INDEC.

Tomando en cuenta estas aclaraciones, en el gráfico 1 queda expuesto el acceso al diploma de la educación secundaria entre hombres y mujeres de distintas generaciones. En dicho gráfico puede verificarse que la equiparación en la consecución de diplomas de dicho nivel educativo se produce en la generación que nació entre 1942 y 1951, es decir en la cohorte que hacia el año 2006 contaba con entre 55 y 64 años de edad. En este sentido, la tendencia acompaña –aunque de manera un poco más temprana- la evolución de la escolaridad de Brasil, donde según Ravello

Ferraro la paridad de años de estudio se alcanza en la generación 1950/60 (Ravello Ferraro A. 2009)⁴.

En el mismo gráfico se hace evidente, asimismo, que la brecha en la obtención del diploma de la educación secundaria se va ampliando a favor de las mujeres en los grupos de edad consecutivos. Así, en entre los jóvenes de 19 a 24 años las mujeres presentan una ventaja de 10 puntos porcentuales en relación a la obtención del diploma de dicho nivel educativo.

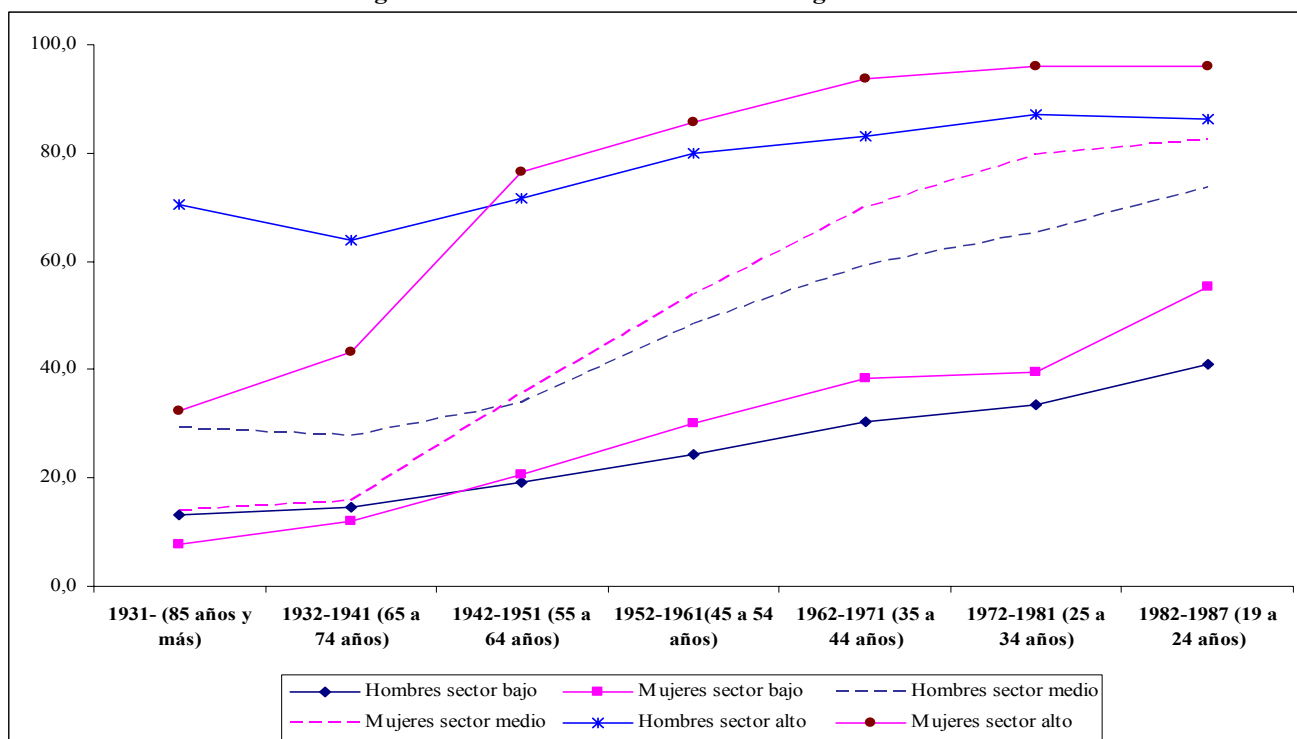
Ahora bien, en dirección a profundizar el análisis, y con el objetivo de aportar al debate sobre la desigualdad, es interesante distinguir el acceso a los diplomas secundarios por parte de hombres y mujeres de distintos sectores socioeconómicos. Al respecto, si bien otras presentaciones de esta mesa abordan las temáticas vinculadas a grupos étnicos y/o aspectos ocupacionales, en este texto –en virtud de la información disponible– los procesamientos se realizarán en referencia a la variable ingresos. De forma tal que, a partir de la re-categorización de la variable “Decil de Ingreso per-capita familiar” se distinguieron tres sectores sociales:

1. sector bajo: Deciles 1 al 4
2. Sector medio: Deciles 5 al 8
3. Sector alto: Deciles 9 y 10

Los resultados del procesamiento son bien interesantes. En primer lugar, se puede distinguir que hasta entrados los años '40 el acceso a los diplomas de la educación secundaria era privilegio de los hombres de grupos sociales de mayores ingresos y las mujeres accedían a la educación en una proporción mucho menor en todos los grupos sociales. En segundo lugar, se puede apreciar que la paridad en el acceso a los diplomas se alcanza en todos los grupos en la cohorte de aquellos que cuentan entre 55 y 64 años de edad (1942-1951). Ambos procesos, concuerdan con el importante aumento de la matrícula que pudimos comprobar a partir de la década del 40 en el apartado anterior.

⁴En esta comparación debe tomarse en cuenta que en el estudio de Brasil se trabaja con el total de la población y en este caso solo tomamos en cuenta a la población de los principales aglomerados urbanos.

Gráfico 2
Porcentaje de población con secundario completo según sexo, grupos de edad y nivel socioeconómico
Segundo semestre de 2006- Total de los aglomerados urbanos



Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH-INDEC.

El mismo gráfico nos permite, además, comprobar la lógica de la “democratización” en el acceso al diploma secundario por parte de los distintos sectores sociales y grupos de edad. Justamente, en la generación de los nacidos entre 1952 y 1961 en el grupo alto más de 8 de cada 10 accedían al diploma, en el grupo medio accedían 5 de cada 10 y en el bajo menos de 3 de cada 10. En la generación subsiguiente, correspondiente a los nacidos en la década del ‘60 en el sector medio se produjo un importante salto, sobre todo entre las mujeres. De forma tal que, como ha señalado M.A.Gallart, la democratización en el acceso a la secundaria hasta los años setenta alcanzó hasta los estratos medios, pero no incorporó a los sectores de menores ingresos (Gallart M. A. 1984). Es preciso advertir que hasta el día de hoy el acceso de los sectores de menores ingresos al diploma de la educación secundaria alcanza a menos del 50% de los jóvenes entre 19 y 24 años de edad.

Por último, es interesante señalar que en nuestros días la brecha de la obtención de diplomas entre hombres y mujeres jóvenes es más pronunciada según se descende en la estructura social. Así, la diferencia en el grupo social alto es de 9.6, en el grupo medio de 8.9 y en el grupo bajo de 14.2 puntos porcentuales. Esta distancia nos lleva a re-pensar la estructura de opciones y posibilidades por la cual las familias y los jóvenes optan entre la educación y la inserción laboral de hombres y mujeres jóvenes. Al respecto, diversas investigaciones han señalado la mayor

predisposición entre hombres jóvenes a integrarse a la actividad laboral a edades más tempranas (Cortina R. y Vite-Leon N. 2007). A continuación se abordará esta temática a partir del seguimiento de las actividades de jóvenes en dos grupos de edad. Por un lado, aquellos en edad de asistir a la educación secundaria (15 a 18 años). Por otro lado, aquellos en edad de haber completado dicho nivel educativo (19 a 24 años).

Educación secundaria y actividad laboral

Una serie de procesos culturales, sociales y económicos han significado que tanto en nuestro país, como en otros países de la región se considere que los menores de 18 años no deben participar en ámbitos laborales, a excepción de su colaboración en tareas relacionadas con el aprendizaje y la formación profesional. Si bien la legislación laboral vigente⁵ habilita a los mayores de 14 años a celebrar “contratos de trabajo”, la tendencia va en dirección a que todos los jóvenes finalicen los estudios secundarios antes de ingresar a la actividad laboral. En este marco, como hemos argumentado en el primer apartado de este texto, la legislación educativa instituyó la obligatoriedad de la educación secundaria sobre finales de 2006.

La importancia social de la educación secundaria y la baja participación laboral de los jóvenes menores de 18 años son fenómenos que han sido ampliamente documentados (Salvia A y I Tuñón. 2003; Jacinto C. 2006). Sin embargo, ha sido también documentado que a pesar de la obligatoriedad *subjetiva y legal* existe una brecha en la terminalidad de dicho nivel educativo: los jóvenes que habitan en hogares de menores ingresos acceden en mucho menor proporción a los diplomas de la educación secundaria (Miranda A. 2007).

Estudios de campo sobre población en edad de asistir a la educación secundaria han argumentado que el abandono escolar forma parte de un proceso en donde se combinan aspectos vinculados al ámbito educativo, oportunidades laborales, eventos inesperados a nivel personal y necesidades económicas (Binstock G y M Cerrutti 2005). Si bien la extensión del texto no nos permitirá meternos de lleno en esta cuestión, con el objetivo de analizar la situación de los jóvenes respecto de la asistencia educativa y su participación laboral, a continuación se presenta un procesamiento que combina actividades que expresan distintas formas de inserción social

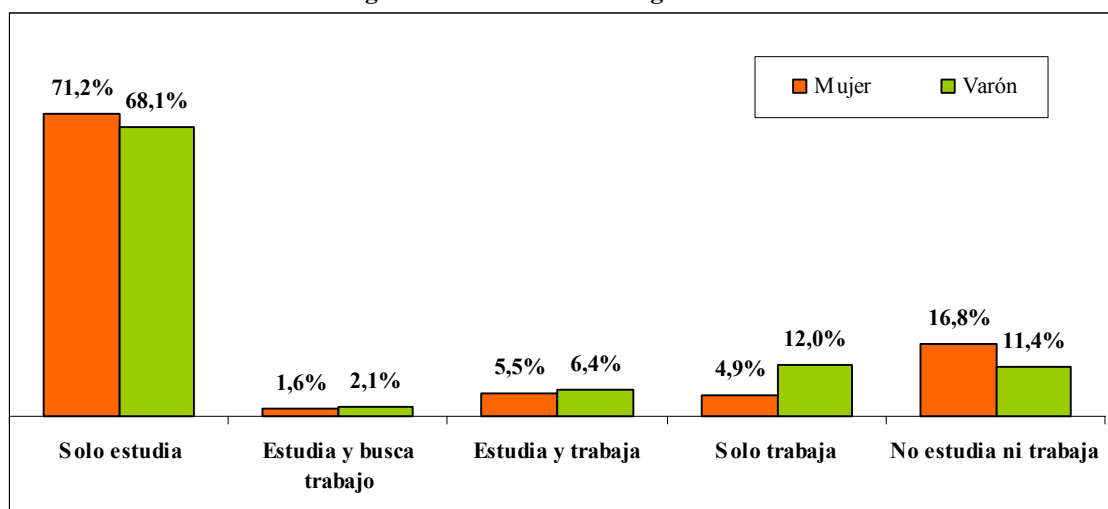
⁵ Ley de Contrato de Trabajo N° 20.744

juvenil: 1) estudia como actividad principal, 2) estudia y busca trabajo, 3) estudia y trabaja, 4) trabaja como actividad principal; 5) no estudia ni trabaja.

Los resultados de la combinatoria se detallan en el gráfico 3, en donde se puede observar que existe una fuerte tendencia hacia la escolaridad como actividad principal entre los jóvenes en edad teórica de asistir a la educación secundaria. No obstante, en el gráfico se hace también evidente la persistencia de estudiantes que trabajan, de jóvenes que trabajan y no han concluido la educación secundaria, y de jóvenes que no estudian ni trabajan. De forma tal que, prácticamente 3 de cada 10 jóvenes desarrollan tareas que los distancian de la escolaridad como actividad principal. Algunos combinan la educación con el trabajo y otros han abandonado la actividad educativa y no participan del mercado laboral. Todos ellos se encuentran en un terreno de vulnerabilidad.

En este contexto, las diferencias de género son significativas. Mientras las mujeres tienden a participar en mayor medida de la educación o permanecen inactivas, los hombres tienden a vincularse de manera más temprana con la actividad laboral, así como abandonar la educación en mayor proporción.

Grafico 3
Principales actividades de los jóvenes de 15 a 18 años
Total de los aglomerados urbanos – Segundo semestre de 2006

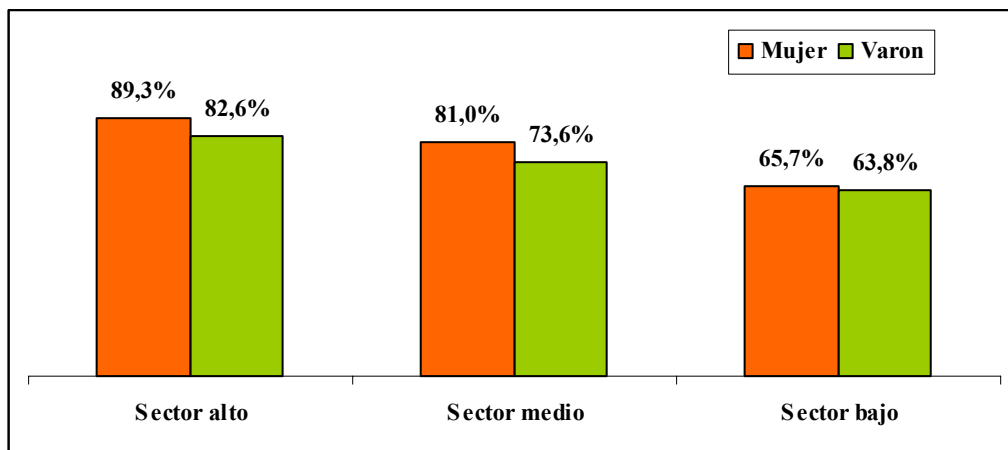


Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta permanente de hogares, INDEC.

*: En la categoría “no estudia ni trabaja” se sumaron los valores de los jóvenes que son “inactivos y no estudian” y los que son “desocupados y no estudian”.

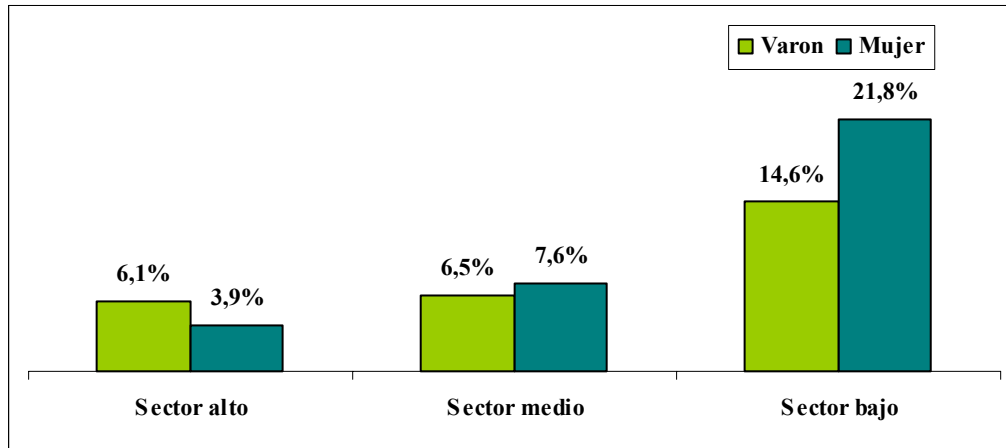
La participación en la educación como actividad principal está mucho más acentuada entre los jóvenes de familias de mayores recursos económicos existiendo una fuerte distancia entre los distintos sectores sociales (gráfico 4). Por el contrario, la inactividad y la vulnerabilidad es más extendida entre las mujeres jóvenes que habitan en hogares de menores recursos (gráfico 5). En efecto, más del 20,0% no estudia, ni trabaja, encontrándose en una situación que se ha denominado como de “domesticidad excluyente”, en referencia a su escasa participación en ámbitos públicos, de carácter educativo o laboral (Braslavsky C. 1986). Este fenómeno, que no se nuevo, tiene implicancias más significativas en el contexto social contemporáneo. En donde, el abandono escolar temprano y la baja participación en el mercado laboral generan amplias dificultades frente a la obtención de ingresos, perpetuando la vulnerabilidad de las mujeres en estos grupos sociales.

Gráfico 4
Jóvenes que estudian como actividad principal según sector social
15 a 18 años
Total de los aglomerados urbanos – Segundo semestre de 2006



Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta permanente de hogares, INDEC.

Grafico 5
Jóvenes que no estudian ni trabajan según sector social*
15 a 18 años
Total de los aglomerados urbanos – Segundo semestre de 2006



Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta permanente de hogares, INDEC.

*: En la categoría “no estudia ni trabaja” se sumaron los valores de los jóvenes que son “inactivos y no estudian” y los que son “desocupados y no estudian”.

La situación adquiere mayor complejidad al añadir en el análisis el estudio sobre la carga de actividades extra-escolares (ya sean laborales o domésticas) entre los jóvenes de distintos grupos sociales. Nos referimos particularmente a las actividades extra-escolares vinculadas al trabajo doméstico, la actividad laboral fuera del hogar y la participación en tareas productivas familiares. Aquellas actividades que hacen cotidianamente fuera del ámbito escolar y que demandan tiempo y responsabilidad. Con el objetivo de analizar si dichas actividades “compiten” con la escolaridad utilizaremos la información que elaboramos en una investigación reciente entre estudiantes del ante-último año de la educación secundaria⁶. Más precisamente, datos que fueron relevados mediante a un cuestionario mediante el cual se consultó detenidamente sobre las actividades que realizaban fuera del horario escolar. En base a los datos relevados se realizó un agrupamiento de actividades en la cual se distinguieron 5 categorías, en relación a su intensidad:

⁶ Proyecto *Intersecciones entre desigualdad y educación media: un análisis de las dinámicas de producción y reproducción de la desigualdad escolar y social en cuatro jurisdicciones*, que se desarrolló bajo la dirección de Inés Dussel, en conjunto con la dirección de Investigación de la Secretaría de Educación de la Ciudad de Buenos Aires, la Univ. Nac. de Salta, la Univ. Nac. de La Plata y la Univ. Nac. del Comahue.

- 1) **Actividad laboral intensa:** son aquellos estudiantes que trabajan o ayudan en trabajos de algún familiar en forma habitual.
- 2) **Actividad laboral moderada:** son aquellos estudiantes que algunas veces trabajan o ayudan en trabajos de algún familiar.
- 3) **Actividad doméstica intensa:** son aquellos estudiantes que ayudan en tareas domésticas (cuidar a los hermanos menores, limpiar la casa, hacer las compras) en forma habitual.
- 4) **Actividad doméstica moderada:** son aquellos estudiantes que ayudan algunas veces en tareas domésticas.
- 5) **Sin ocupaciones laborales y/o domésticas:** son aquellos estudiantes que no ayudan en las tareas domésticas/laborales o lo hacen esporádicamente.

Entre los resultados podemos advertir que, en términos generales los estudiantes realizan actividades u “ocupaciones extra-escolares” en todos los grupos sociales. Sin embargo, la distribución y la intensidad son diferenciales entre los distintos sectores sociales. Los estudiantes de sectores bajos dedican una mayor cantidad de tiempo a estas ocupaciones que el resto. También los estudiantes de sectores medios cargan con la responsabilidad de tener que cumplir con actividades extra-escolares, pero no en forma habitual. Y finalmente, son aquellos de los sectores altos quienes en mayor medida parecen estar liberados de las responsabilidades vinculadas a este tipo de tareas.

Cuadro N° 2
Ocupaciones extra-escolares de los estudiantes según sector social

	Alto	Medio	Bajo
Actividad laboral intensa	6,7%	11,4%	20,4%
Actividad laboral moderada	24,2%	33,1%	37,4%
Actividad doméstica intensa	13,3%	18,6%	27,0%
Actividad doméstica moderada	32,5%	27,1%	10,6%
Sin ocupaciones laborales y/o domésticas	23,3%	9,7%	4,6%
HOMBRES			
Actividad laboral intensa	10,0%	13,6%	23,4%
Actividad laboral moderada	28,3%	38,4%	43,9%
Actividad doméstica intensa	11,7%	19,2%	14,0%
Actividad doméstica moderada	31,7%	20,0%	11,7%
Sin ocupaciones laborales y/o domésticas	18,3%	8,8%	7,0%
MUJERES			
Actividad laboral intensa	3,3%	9,8%	17,6%
Actividad laboral moderada	20,0%	26,8%	31,8%
Actividad doméstica intensa	15,0%	17,9%	39,2%
Actividad doméstica moderada	33,3%	34,8%	9,7%
Sin ocupaciones laborales y/o domésticas	28,3%	10,7%	1,7%

Fuente: Elaboración propia, encuesta alumnos de la investigación: “Intersecciones entre desigualdad y escuela media. Un análisis de las dinámicas de producción y reproducción de la desigualdad escolar y social en cuatro jurisdicciones”, 2005-2007.

Ahora bien, volviendo a nuestro tema central: las diferencias entre hombres y mujeres, observamos algunas tendencias que son de sumo interés. En primer lugar, en todos los grupos sociales las jóvenes mujeres manifiestan realizar actividades domésticas –prácticamente- en la misma proporción (48,3%, 52,7% y 48,9 % entre altos, medio y bajo sumando las distintas categorías). Las diferencias se presentan en la intensidad de las tareas, sobre todo entre aquellas jóvenes que habitan en hogares de ingresos bajos (39,2% con actividad doméstica intensa). Contraste que está fuertemente asociado al papel diferencial de las mujeres al interior de la estrategia reproductiva familiar en los distintos grupos sociales (Gallart M A. 1992).

En segundo lugar, la dedicación a actividades domésticas es de menor proporción entre los hombres (43,4, 39,2 y 35,7% alto, medio y bajo, respectivamente). Así como, su intensidad es descendente según los grupos sociales (más alta entre los altos, más baja entre los bajos) y en ningún caso supera al 20% (sector medio). En sentido inverso, la participación laboral entre los hombres sigue la lógica de la estructura social 38,3, 52,0 y 67,3 % en los sectores alto, medio y bajo respectivamente, siendo mucho más intensa entre los hombres de este último sector social.

En tercer lugar, entre las mujeres la participación en actividades laborales, si bien levemente menor, es también incremental según se desciende en la estructura social (23,3, 36,6 y 49,4% alto, medio y bajo, respectivamente). Destacándose la amplia proporción de muchachas del sector alto sin ocupaciones laborales y domésticas 28,3%, donde la lógica de la desigualdad se hace más evidente.

La educación secundaria y la inserción laboral

Hace algunos años, y en el marco de la crisis de principios de 2000, en el equipo de investigación publicamos un libro cuyo título era contundente: *Cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente: la escuela media en épocas de globalización*. El argumento central de la publicación hacía referencia a que el diploma de la educación secundaria era una condición *necesaria*, pero no *suficiente*, para obtener un puesto de trabajo en el sector formal de la economía. A lo largo del texto se demostraba además la importancia de la educación técnica y se discutía con las teorías que proponían que el bajo nivel educativo era el antecedente central de las dificultades laborales de los jóvenes. Entre las tesis centrales de aquella publicación se destacaba, asimismo, la idea de que el modelo económico aperturista de los años noventa había

significado la destrucción de numerosos puestos de trabajo, con fuertes implicancias entre los jóvenes egresados de la educación secundaria. ¿Se ha modificado la situación en nuestros días frente a las modificaciones de la estrategia económica que se produjo en la Argentina a partir de 2003?

Cuadro 3
Tasa de actividad, empleo y desocupación de la población entre 19 y 24 años de edad según nivel educativo
Total de los aglomerados urbanos – Segundo semestre de 2006

	Hombres		Mujeres	
	Secundario incompleto	Secundario completo	Secundario incompleto	Secundario completo
Tasa de actividad	84,0	68,5	47,3	55,3
Tasa de empleo	67,7	57,0	34,1	40,3
Tasa de desocupación	19,4	16,8	27,9	27,1

Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta permanente de hogares, INDEC.

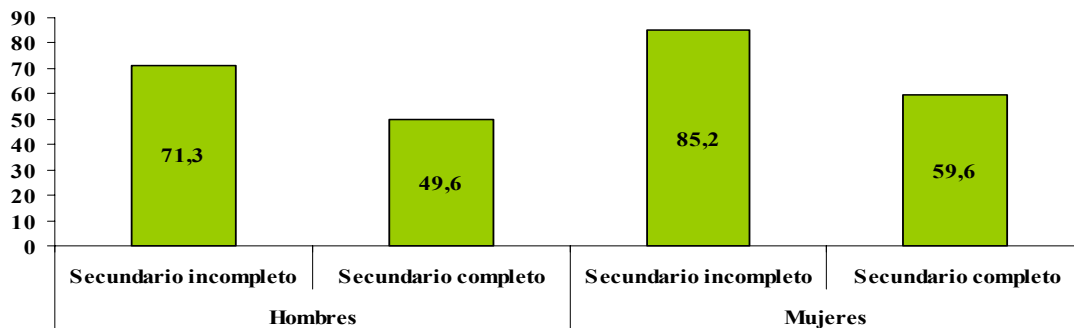
Es aún un poco temprano para obtener respuestas concluyentes. Pero, en base a los datos disponibles, nos es posible afirmar que el impacto de la educación secundaria es diferencial en la performance laboral de hombres y mujeres. Justamente, la participación laboral de las mujeres con secundario completo es superior respecto de aquellas que no concluyeron dicho nivel educativo. Mientras que en los hombres la situación es inversa. Los hombres que no han concluido la educación secundaria participan en mayor medida de la actividad laboral que aquellos que han concluido los estudios de nivel medio y probablemente siguen estudiando.

El aporte diferencial de la educación secundaria respecto de la participación laboral está sin duda relacionado con la tendencia a la inactividad de las mujeres de bajos ingresos y la mayor predisposición a la actividad económica de los hombres que analizamos en apartados anteriores. Así como está también relacionada con la escasez de oportunidades de trabajo y la restricción horaria entre las mujeres de menor nivel educativo. En efecto, es un hecho ampliamente documentado que la posibilidad de “liberar” una gran cantidad de horas para poder integrarse a la actividad laboral está mediatizada por el acceso de las mujeres a servicios sociales: jardines maternos, etc. Y que este acceso está mucho más restringido entre las mujeres de menores ingresos, las cuales sólo cuentan con la colaboración de su grupo familiar (Gallart M A. 1992; Cortés R 2000).

Entre los hombres, por el contrario, la tasa de empleo es mayor entre aquellos que no han concluido los estudios de nivel medio. Lo cual nos hace suponer que, de alguna manera, los jóvenes hombres tienen más oportunidades y/o medios para conseguir ocupaciones e ingresos

dentro del sector informal urbano. O que los jóvenes que habitan en hogares de menores recursos, no tienen más alternativa que integrarse a la actividad laboral. En esta dirección, es interesante advertir la brecha que existe en la desocupación de hombres y mujeres. Al desagregar la tasa de desocupación general según género y nivel educativo, podemos verificar que –a pesar de la menor participación en el mercado laboral- las mujeres de bajos niveles educativos tienen muchas más dificultades a la hora de encontrar una ocupación.

Grafico 6
Porcentaje de precariedad entre los asalariados de 19 a 24 años según nivel educativo
Total de los aglomerados urbanos – Segundo semestre de 2006



Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta permanente de hogares, INDEC.

Una tendencia que parece persistir aún en períodos de crecimiento económico es aquella asociada a la baja calidad de las ocupaciones de los jóvenes. Justamente, en el extenso recorrido su inserción ocupacional, los jóvenes se enfrentan en numerosas oportunidades con relaciones laborales precarias. Este tipo de relación laboral, se sostiene a partir de distintos tipos de figuras vinculadas al empleo temporal, a pasantías que encubren ocupaciones fijas, o contrataciones de carácter ilegal (comúnmente denominadas “empleo en negro”). La preponderancia de la precariedad de las relaciones laborales es amplia, 6 de cada 10 jóvenes asalariados se desempeñan bajo alguna figura no encuadrada en el *trabajo decente*. Sin embargo, el déficit es aún mucho más pronunciado entre los y las jóvenes que no cuentan con el secundario. Más aún, entre las mujeres más de 8 de cada 10 asalariadas que no cuentan con un diploma de la educación media se enfrenta a una relación laboral sin aportes, ni cobertura social.

Reflexiones finales

A lo largo del texto se fueron presentando distintos abordajes sobre la educación secundaria, entre hombres y mujeres de distintos grupos de edad y sectores sociales. En la introducción, se expuso un breve recorrido sobre la educación secundaria en nuestro país. El objetivo de esta exposición fue poner sobre relieve el estado actual y los desafíos que se presentan en dirección al cumplimiento de la obligatoriedad de dicho nivel educativo.

En un segundo punto, se abordó la evolución en la culminación de la educación secundaria entre hombres y mujeres de diferentes grupos de edad y nivel de ingresos. El análisis nos llevó a plantearnos algunos interrogantes: ¿por qué los hombres jóvenes duplican las tasas de mortalidad en relación a las mujeres jóvenes? Cómo se produce la construcción de una subjetividad masculina más asociada al riesgo? A los ámbitos laborales? Al respecto, los estudios señalan que a pesar de las transformaciones la dinámica escolar sigue avalando los estereotipos clásicos, reforzando los sentidos tradicionales de la masculinidad, caracterizada por la competencia, la fuerza y el control sobre las emociones (Morgade G. Alonso G. 2008).

Estos interrogantes no son nuevos en las ciencias sociales. Sobre finales de los años setenta, Paul Willis –en el marco de un conjunto de trabajos que estudiaban la emergencia de sub-cultura juveniles- señaló que los jóvenes de clase obrera no eran “victimas” del fracaso escolar, sino actores que expresaban su rebeldía oponiéndose a la autoridad escolar, en dirección a la afirmación de su masculinidad. Dicha afirmación, reproducía al mismo tiempo la superioridad de género (masculino) y la estructura de clases al interior del sistema capitalista (Willis P. 1988).

Las afirmaciones de Willis adquieren nuevos matices en las sociedades contemporáneas, frente a las transformaciones de los mercados laborales en el marco del capitalismo post-industrial (Aronowitz S. 2004). En efecto, en nuestros días, donde los colectivos sociales son menos compactos y los procesos de individuación se han extendido, se observan rupturas y continuidades frente al comportamiento de hombres y mujeres. Por ejemplo, entre los datos en análisis pudimos observar nuevas articulaciones entre la continuidad en el aporte femenino a las tareas domésticas y su mayor participación laboral; la persistencia de muchachas que encuentran en la atención del hogar sus actividades excluyentes; la participación –aunque baja- en actividades domésticas de jóvenes hombres de sectores sociales medios y altos; así como la persistencia de la importancia del trabajo fuera del hogar entre los jóvenes hombres de bajos ingresos.

Lo particular de esta nueva época, sin embargo, es que todas estas situaciones se desarrollan en el marco de una fuerte desigualdad social. En efecto, los márgenes en la elección de las actividades entre hombres y mujeres jóvenes de distintos grupos sociales son ampliamente divergentes. Lo cual hace muy evidente entre las mujeres, quienes por un lado se constituyen en recursos insustituibles de la estrategia reproductiva del hogar (sectores de bajos ingresos). Y, en otros, destinan su tiempo con exclusividad a los estudios y la actividad recreativa (sectores de ingresos altos).

Repensar la desigualdad y su vínculo con aspectos educativos, generacionales y de género nos enfrenta con la complejidad que presenta el análisis de las principales tendencias en las sociedades contemporáneas, y con la necesidad de redefinir y actualizar algunas categorías del pensamiento social.

Bibliografía citada

Aronowitz S. (2004). Foreword. Learning to Labor in New Times. D. N. a. D. G. NY, RoutledgeFalmer.

Binstock G y M Cerrutti (2005). Carreras Truncadas: el abandono escolar en el nivel medio en la Argentina. Buenos Aires.

Braslavsky C. (1986). La Juventud argentina: informe de situación. Buenos Aires, CEAL.

Braslavsky C. y Krawczyk N. (1988). La escuela pública. Buenos Aires, Miño y Davila editores.

Cappellacci I y Miranda A. (2007). La obligatoriedad de la educación secundaria en Argentina: deudas pendientes y nuevos desafíos. DINIECE. Buenos Aires, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.

Cortés R (2000). Argentina: La calidad del empleo femenino urbano en los noventa. ¿Más y Mejores Empleos para las Mujeres? La experiencia de los países del Mercosur y Chile. V. M. E. y. G. Reinecke. Santinado de Chile, OIT.

Cortina R. y Vite-Leon N. (2007). Educational Pathways: gender inequality in schooling. XXVI International Congress Latin American Studies Association (LASA). Montreal.

Gallart M A. (1992). Educación y empleo en mujeres de sectores populares. Revista Propuesta Educativa. Año 4 N°7.

Gallart M A. (2006). La construcción social de la educación media. Buenos Aires, La Crujía ediciones.

Gamba S. B. (coord) (2007). Diccionario de género y feminismos. Buenos Aires, Editorial Biblos.

Jacinto C. (2006). La escuela media: reflexiones sobre la agenda de inclusión con calidad. Buenos Aires, Fundación Santillana.

Ministerio de Educación, C. y. T. d. I. N. (2005). El tercer ciclo de la educación general básica. Buenos Aires, DINIECE.

Ministerio de Salud de la Nación (2007). Estadísticas Vitales - Datos Básicos. N. 51. Buenos Aires.

Miranda A. (2007). La nueva condición joven: educación, desigualdad y empleo. Buenos Aires, Fundación Octubre

Morgade G. Alonso G. (2008). Cuerpos y Sexualidades en la escuela: de la normalidad a la disidencia. Buenos Aires, Paidós.

Ravello Ferraro A. (2009). Escolarização no Brasil: articulando as perspectivas de gênero, raça e classe social. Congreso 2009 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Rio de Janeiro.

Salvia A y I Tuñón. (2003). Los jóvenes trabajadores frente a la educación, el desempleo y la inserción social. Buenos Aires, Fundación Friedrich Ebert.

Wills P. (1988). Aprendiendo a trabajar: cómo los chicos de clase obrera consiguen trabajos de clase obrera. Madrid.